

Mundo Lector

marzo 2009

**SVALBARD
DESPENSA
DEL MUNDO**

**CONECTIVIDAD
EL GRAN POTENCIAL**

**EDUCACIÓN NO FORMAL
SUS APORTES
A LA HUMANIDAD**

**REPASO A LA HISTORIA
DEL CARNAVAL**

ISSN 1794-368X



MÚSICA UNZA UNZA Y DANZA BUTOH

EDUCACIÓN

Aportes de la *educación no formal* en la historia de la humanidad



Por: Rafael Ayala Sáenz
rafaelayalasaenz@gmail.com

Es un hecho establecido que antes de que surgiera la educación formal en las civilizaciones, la precedió la educación no formal; y a ésta, la educación informal. No obstante, ha sido la educación no formal la que a lo largo de la historia se ha encargado de formar, informar y motivar a grandes seres humanos a realizar grandes aportes, descubrimientos o contribuciones de todo tipo. Por ejemplo, cuando Charles Darwin se embarcó en el Beagle, en 1831, era un joven de 22 años recién graduado de Cambridge que se había resignado a tener una carrera de clérigo rural. Poco a poco, y gracias a su curiosidad, capacidad de observar y sistematizar información, se fue ganando el título no formal de Naturalista Oficial de la embarcación. Sus conclusiones aparecieron publicadas en 1859 en su trascendental obra *El origen de las especies*, la cual no la imprimió la editorial de su encopetada universidad, sino un editor particular.

En un momento en que el concepto de competencia regresa desde los mismos orígenes de la civilización a cuestionar los títulos ofrecidos

por la educación formal, es bueno hacer un breve recorrido por el pasado para analizar el aporte a la formación integral de los seres humanos que ha ofrecido la educación que hoy llamamos **no formal** y que por no ser conducente a títulos formales, se le considera como de segunda categoría.

En Grecia, los individuos de la cuna de la civilización occidental, un niño hijo de un padre con recursos podía aprender una educación elemental, asistir a clases, practicar ejercicios y deportes, tomar clases de música y recibir formación de sofistas u otros filósofos hasta sus 25 años sin recibir un solo título que acreditara su saber.

Era costumbre, en la Grecia clásica, adjudicarle a un niño de 10 años un pedagogo, que era un esclavo erudito del señor de la casa, quien tenía la responsabilidad de enseñarle modales, llevar sus cosas a las clases en la escuela y en las tardes ayudarlo a repasar la lección.

A la escuela elemental, que quedaba a su vez en la casa de otro pedagogo, asistía durante 5 años. Allí aprendía el alfabeto usado para la notación de la lengua, las cifras y los intervalos musicales, usando una tablilla de madera en forma de cuadro impregnada de cera para tomar sus apuntes. También podía usar los papiros traídos de Egipto, en los cuales escribía con una pluma de cuña cortada, así como consultar y memorizar versos de Homero y los datos de Hesíodo leídos de los de los rollos de papiros que en esa época componían los libros.

Después se dedicaba al estudio de la música hasta llegar a los 18 años. En este periodo aprendía en la casa de otro pedagogo a interpretar el oboe de dos tubos y la lira. Combinaba esta actividad con los ejercicios físicos. La motivación para practicarlos eran las pruebas deportivas entre las cuales se destacaban la carrera, la lucha, el pugilato, el salto de longitud, el pancracio y el pentatlón. Cuando adquiría la adultez, podía participar en las competencias o juegos deportivos, incluida las Olimpiadas, que formaban parte, por lo general, de celebraciones religiosas. En los juegos deportivos sólo podían concursar los ciudadanos griegos nacidos libres, que conservaran todos sus derechos y no hubieran cometido ningún delito. Adivinen: no se requería ningún título para poder inscribirse, sólo demostrar que se era competente para competir.

Después de pasar por los maestros de escuela, el niño, convertido ya en un joven atleta con



habilidades para interpretar música, continuaba su formación con los sofistas considerados maestros de enseñanza superior o filosofía. También se acostumbraba a llevarlos a los lugares donde estuvieran otros filósofos como, por ejemplo, Protágoras, hombre llegado de Abdera, que se especializó en enseñar oratoria y la areté o conjunto de cualidades que se necesitan para ser un



hombre de estado, para por este medio entrar a ser parte de la elite de la ciudad.

Platón fue un niño de los muchos que siguió este proceso. Cuando llegó el momento de su educación superior prefirió seguir a Sócrates, quien pasó gran parte de su vida en los mercados

y plazas públicas de Atenas, lugares en los que acostumbraba iniciar diálogos y discusiones con todo aquel que quisiera escucharle, y a quienes solía responder mediante preguntas, creando así un método hoy conocido como mayéutica, cuyo objetivo era conseguir que sus interlocutores descubrieran la verdad a partir de ellos mis-

mos. Adivinen: tampoco se concedía un título, bastaba con decir que se había sido discípulo del maestro.

A mediados del siglo IV a.C., el ciudadano griego Academo donó al pueblo ateniense un jardín público a las afueras de Atenas. Fue en ese lugar donde en el año 387 a. C. Platón decidió encontrarse con sus seguidores y por esa razón su "escuela" empezó a ser conocida como la Academia. Aristóteles fue uno de los alumnos que asistió a las charlas de Platón en su Academia. A pesar de haber sido un estudiante destacado, nunca recibió Tesis Laureada ni Honoris Causa en ninguno de los temas que abordó con rigor y profundidad.

Antes o después de terminar los estudios no formales que el currículo de la costumbre había predeterminado, existía la opción de vincularse a los grupos de teatro de la polis para



aprender tan exaltado arte. La actividad teatral en esa cultura se remonta a los tiempos en los que se ejecutaban danzas y pantomimas en un espacio circular de tierra al pie de una pendiente en la que se acomodaban los espectadores. Las representaciones teatrales figuraban dentro de programas de celebraciones religiosas generalmente dedicadas a Dionisio, obras que eran patrocinadas por la ciudad, y en los festivales teatrales se elegía y premiaba la mejor y al mejor actor. Nadie necesitaba un título formal en artes escénicas de una prestigiosa institución para ingresar en este selecto grupo: el mismo grupo se encargaba de formar al interesado en las competencias propias de tan sagrado oficio.

En Roma existía el profesor *ludi magister*, que enseñaba a leer un texto escrito sobre piedra, dividir hasta cien y conocer los metales y los pesos de las monedas. Después, otro maestro

llamado el *grammaticus* continuaba la enseñanza hasta conseguir la lectura con sentido. Este profesor impartía una especie de enseñanza secundaria en cuyo programa se estudiaba las lenguas latina y griega; sus funciones abarcaban la ciencia del buen hablar (oratoria) y la interpretación de los poetas. En Roma, la profesión de maestro era considerada *res indignissimam* y solía ser mal remunerada. Hasta el año 301 Diocesano fijó el salario de *magister* equiparándolo a la tarifa asignada al pedagogo o profesor particular, es decir, cincuenta denarios mensuales, de manera que tocaba reunir un mínimo de treinta alumnos para asegurarse una retribución similar a la de un obrero cualificado como albañil o carpintero.

Los saberes técnicos eran impartidos por los ingenieros, arquitectos, artesanos o maestros de oficios que suplían la falta de escuelas técnicas



o universidades. Generalmente sus alumnos eran los soldados que, al finalizar el proceso de invasión y pacificación de los territorios, se dedicaban a construir caminos, acueductos y villas.

En Grecia, la mayor parte de la población vivía de la producción de la tierra. Por eso, cuando un padre no podía cubrir la educación de su hijo más allá de lo elemental, su deber era enseñarle un oficio, dado que en esta ciudad la mayoría los ciudadanos obtienen su sustento de ejecutar competentemente un oficio. Existían talleres de artesanos y comerciantes: herreros, alfareros, curtidores, zapateros, torneros de liras, carpinteros, tintoreros, torneros de marfil, tallistas de piedra, esmaltadores, cinceladores, carreteros, boyeros, tejedores, cordeleros, pasteleros, panaderos, adonde el niño o el joven ingresaba como aprendiz.

Este esquema se mantuvo hasta la Edad Media, periodo en la historia de la humanidad en que era difícil ejercer un trabajo de cierta habilidad y especialización sin pertenecer a la corporación o gremio donde el oficio suele pasar de padres a hijos formando familias de varias generaciones de herreros, orfebres, tintoreros, canteros, etc.

Dentro de cada corporación existían tres niveles de cualificación profesional: aprendices, oficiales y maestros. Para convertirse en maestro, era necesario pasar muchos años como oficial, y para llegar a ese nivel otros años más

y además haber tenido otros años más como aprendiz. Tanto los oficiales y maestros querían. Los aprendices no recibían sueldo. A cambio vivían en la casa de un oficial o del maestro, quien se encargaba de mantenerlos y vestirlos; una vez aprendían las artes del oficio, comenzaban a recibir algunos dineros. Cuando alcanzaban el rango de oficiales, podían cobrar un sueldo por sus trabajos en el taller, buscar una casa y formar una familia.

Cada corporación tenía unos estatutos que regían al detalle el funcionamiento de cada profesión. La corporación sólo podía estar compuesta por los maestros, quienes eran los que determinaban el monto de los sueldos y los precios a cobrar por los trabajos realizados, con lo cual se impedía la libre competencia y trabajar por bajos precios. Para ser considerado maestro de la corporación se requería pasar la prueba de maestría, que consistía en realizar una obra difícil y de especial belleza, considerada como la "obra maestra" que los maestros del gremio examinaban para decidir el ingreso o rechazo del aspirante. Sólo hasta cuando se conseguía el grado de maestro se tenía autorización para abrir su propio taller, contratar oficiales y tener aprendices, y tal vez lo más importante, podía participar en las decisiones del gremio del oficio en la ciudad. Importante precedente: los competentes otorgaban un título de competencia, no de papel, que se sustentaba en el desempeño y no en haber pasado un tiempo específico, es decir, no sólo acreditar años en el oficio, sino acreditarlos sustentados con un excelente desempeño.

El esquema de la educación no formal tanto de las civilizaciones griega y romana, así como de la Edad Media, que no otorgaba títulos, contribuía de manera eficaz, eficiente y efectiva a la solución de problemas concretos, condenando la mediocridad y exigiéndoles a sus graduados "obras maestras". La verdad, a muchos bogotanos nos habría gustado que las obras de "Transmilenio de la Caracas", la intersección de la calle 80 con los Héroes, que han tenido que rehacerla dos veces, y algunos conjuntos residenciales que se deshacen lentamente, las hubieran realizado maestros de obra preparados en cualquiera de las corporaciones mencionadas y no egresados de universidades con sendos títulos de pregrado o de especializaciones, maestrías y doctorados de fin de semana. **M**